

LA LLUVIA EN PARIS

Llega el crepúsculo y llueve sobre París. El hombre de aspecto desmadejado, envuelto en una gabardina de color verde-pardo-moho, descarga todo su peso en el brazo que apoya contra el oscuro tronco de un árbol. Su expresión se ha petrificado en el nivel siguiente al de la desesperación, un paso más allá del dolor y en límite mismo de la rabia. Es la mueca de quien sabe que todo está ya hecho, que no hay marcha atrás, que no hay fuerza que logre quebrar el transcurso de la fatalidad. La mujer camina alejándose de él, dándole la espalda, perdiéndose entre los árboles deshojados que alzan sus ramas desnudas como si por medio de ellas conectaran con un cielo de piedra. Un gendarme, ajeno a todo, arrastra sus zapatos sobre el acero húmedo de la Place de L'Étoile volviendo la cabeza, quizás porque no soporta la visión de la ávida tragadera de héroes del Arco de Triunfo.

Llueve, pues, en el invierno de París aunque en el Agosto de Bilbao el sol reviente la tierra en un sarpullido sudoroso y los árboles giman su ira al viento abrasador. Es lo mismo; siempre llueve en el París dormido de la cubierta de un viejo libro de Remarque y el hombre doliente, aferrando su maletín con un puño crispado, se pregunta por toda la eternidad de papel por qué ha ocurrido esto. Y yo no puedo ayudarle porque tampoco sé la respuesta. ¿Acaso la conoce alguien?

Sí, sí, ya le he visto; puede bajar la mano. Tampoco

era necesario. Era tan sólo... ¿cómo diría? Una pregunta retórica. Claro que lo sabe, igual que lo sé yo y lo saben todos. Eso tampoco sirve de mucho. Y en cualquier caso su respuesta no es como la mía. Puede que ambas estén equivocadas.

En el parque, sentados en un banco de madera con la pintura cuarteada por la intemperie, una pareja se abraza tiernamente. Da igual qué parque sea, aunque probablemente está en otra ciudad. "¿Me querrás siempre?" pregunta ella. El se toma su tiempo antes de responder. Algo ha cambiado en su semblante y los mecanismos de su mente pasan a otro registro. Seguramente estudia Económicas. "¿Qué me darás a cambio?" dice. Ella se aprieta más contra él. "Todo mi amor" contesta imitando una mirada lánguida que vio una vez en el cine. "Me parece absurdo" responde él tras un rápido cálculo, "no veo la necesidad de darte algo a cambio de una cosa igual. Podemos quedarnos cada uno con nuestro amor y evitarnos la transacción. Es más práctico". "Tienes razón, como siempre" concede ella.

Es una cuestión de lógica, pero mañana o la próxima semana el banco estará vacío y los operarios del Ayuntamiento vendrán por fin a darle un repaso. Todos ganan. Excepto el hombre del Arco de Triunfo que sigue allí, reclinado contra su árbol con la misma expresión descorazonada. Debe estar cansado, después de tantos años.

Pienso, por cierto, que hace mucho tiempo que no voy a París. Mis recuerdos son ya poco más que una colección de tarjetas postales: vistas de los Jardines de Luxemburgo, de las callejas de Montmartre y de aquel café -¿cómo se llamaba?- donde solíamos escuchar Jazz. Pero es todo muy impersonal. Se confunde con secuencias de películas y noticiarios. No, hay algo más; algo íntimo. Está aquella noche en que recostados sobre la barandilla del Pont de L'Alma veíamos al

Sena correr silencioso a nuestros pies. Pero también se va difuminando y ya no siento, al recordarlo, la misma emoción de antes. Se ha perdido aquella ternura que aliviaba la angustia de los anocheceres solitarios. Habría que repetirlo para recargar las baterías de la memoria, vivirlo una vez más. Pero eso no ocurrirá. Ahora en París siempre llueve y en el puente no hay sitio para dos.

En la terraza de un bar, frente a la playa, dos amigos apuran sus copas de ginebra. Miran al horizonte mientras el sol se oculta tras las aguas rompiendo en mil pedazos el arco iris. Permanecen en silencio la mayor parte del tiempo y sólo de vez en cuando dicen algunas palabras que nadie puede escuchar. Uno de ellos lleva grabado en su frente el símbolo de la fatalidad a pesar de que él mismo no se dé cuenta. Tampoco su amigo lo sabe, aunque quizás sospeche algo. Un poco más al oeste se alza un acantilado con su nombre escrito en letras de viento y la cita está cercana.

No entiendo por qué se me van borrando los recuerdos. Los buenos y los malos se funden en un abrazo de olvido que deja un poso al que es muy fácil abandonarse. En todos estos años han debido ocurrir muchas más cosas que el parco archivo que soy capaz de inventariar. ¿O era todo mentira? Puede que me hayan estado engañando desde siempre.

La terraza ha ido vaciándose al caer la noche y los dos amigos se han quedado solos. A través de la cristalera el camarero les mira con fastidio preguntándose cuánto tendrá que esperar aún. Ellos alargan la permanencia inconscientemente, como barruntando que cuando se separen no volverán a reunirse jamás, aunque se vean de nuevo. Cuando se vayan será para siempre y apenas queda ya ginebra en las copas. El acantilado aguarda paciente. Aún no es el día pero tampoco falta mucho.

En el vagón de un tren de cercanías dos hombres están sentados frente a frente. Uno de ellos es diferente. Es difícil advertirlo ahora que está inmobilizado en su asiento pero unos minutos antes, aún en la estación, ha pedido un cigarrillo al otro con gestos torpes. El sí se ha dado cuenta enseguida de la sutil diferencia. Es uno de esos a quienes las palabras se les escurren entre los intersticios del paladar y cuyas ideas deambulan desmañadas por un laberinto de neuronas desajustadas. Luego se ha sentado cerca de él, picado por la curiosidad y convencido de que es inofensivo. Cuando el tren se ha puesto en marcha el diferente ha abierto con movimientos toscos una bolsa de plástico que luce el anagrama de unos grandes almacenes. Cuando ha desplegado un magnífico mapa de carreteras el viajero ha tenido que contorsionarse un poco para lograr vislumbrar, escrita en grandes letras blancas sobre la satinada cubierta amarilla y azul, la palabra "Francia".

He intentado muchos métodos para pensarte. Al principio creí que sería algo sencillo pero no tardé en comprobar que es mucho más difícil de lo que parece. Incluso cuando sé que estás relativamente cerca hay demasiadas interferencias, con tanto edificio y tanta antena. Entonces se me ocurrió un sistema ingenioso. Pensé que si alguna vez miráramos al mismo tiempo a la luna nuestros pensamientos quedarían enlazados automáticamente. Pasé mucho tiempo buscando esa oportunidad. Aguardé las fases más bellas, las noches más claras, los momentos más tiernos para reunirme contigo allá arriba y nunca te encontré. Sé que no eres muy propensa a esas emociones pero al menos una vez, sólo una, podías haberte sentido conmovida y elevar tus ojos hacia el firmamento. Ya lo he dejado. Tengo cansado hasta el iris de tanto acecharte en vano. De todos modos te he dejado algo. Entre las rocas grisáceas, el polvo de milenios y los pasos desmañados de los astronautas hay una idea guardada para ti. Si alguna vez la encuentras espero que sepas apreciarla porque es el fruto de muchas vigiliias que te he dedicado. Y si nunca das con ella quedará allí

para siempre; cuando yo no esté y no estés tú tampoco recordará a quienquiera que la halle que una vez estuvimos juntos.

Pero acerquémonos un poco más para apreciar mejor los detalles. Mientras el tren avanza a través de un paisaje sucio de cansancio el diferente va siguiendo con su dedo trémulo una línea roja que le lleva a Burdeos, a Poitiers, a Orleans, y en sus ojos hay un destello de ansiedad. Luego llega a París y le nace en el rostro un atisbo de sonrisa impenetrable. "Curioso" piensa el viajero; y yo me doy cuenta de que bajo ese dedo tembloroso el hombre de la gabardina aguarda el final de los tiempos calado hasta los huesos. Después el diferente pliega meticulosamente su mapa y espera a que el tren se detenga en el apeadero de Axpe para bajar en la Gare d'Austerlitz.

París, siempre París envolviendo el Arco de Triunfo y el Pont de L'Alma. Aún no he dicho qué es lo que el hombre oculta en su maletín. Pero no, los secretos ajenos no deben desvelarse. Mucho menos cuando son secretos para la eternidad.

Pensándolo bien todo eso de la luna es una tontería. Hay que ver las cosas que se le ocurren a uno en los momentos de ociosidad. La culpa es mía por no querer hacer frente a los hechos. La cuestión es que te has ido y quizá lo haya merecido. No se puede estar toda la vida divagando y dando la espalda a la realidad. Probablemente aquella noche en el Pont de L'Alma, mientras yo me perdía en poesías, tú pensabas que se estaba haciendo tarde y que no encontraríamos un sitio decente para cenar. Creo recordar que tuvimos que ir a una pizzería del Barrio latino. Eso no me lo habrás perdonado nunca. Si sirviera para algo prometería enmendarme a partir de hoy.

Junto a una fuente, en una pequeña plaza, dos niños, corretean entre jubilados inertes. "¡Bang, bang; estás muerto!" dice uno sin sospechar que acaba de llegar al colmo de la filosofía. La víctima se deja caer al suelo y se retuerce de dolor antes de expirar. Su madre se acerca presurosa y levanta en vilo al crío. "Mira cómo te has puesto" le dice sacudiéndole algo más violentamente de lo necesario. "Es que estoy muerto" responde. "Yo sí que te voy a matar como no te portes bien" sentencia la madre antes de regresar junto a su amigas. El asesino, a prudente distancia, aguarda a que remita el chaparrón y vuelve a la carga vaciando su revolver contra el resucitado. Pero éste no parece encajar ninguno de los disparos. Ha aprendido que morirse no está bien.

Cerca de ellos una pareja de ancianos se deja acariciar por el tibio sol. Llevan horas ocupados en plomizos pensamientos de algodón. Son los mismos pensamientos de ayer y del año pasado. Siempre llega un momento en que todas las ideas se reúnen en una sola que no es sino un inmenso globo lleno de nada. No ayuda demasiado pero tampoco cansa. Se parece mucho al hastío aunque no sea exactamente eso. Tampoco es dejadez, ni rutina. Se asemeja más a un nirvana mustio. "Hoy está esto muy animado" dice ella dejando caer las palabras como pesadas bolsas de agua que estallan al llegar al suelo. Es agua caliente y muerta. El tarda en reaccionar, sorprendido por el inesperado torrente verbal. "Claro, con este tiempo..." dice al fin. "Pero no creo que dure" aventura ella. El levanta despacio los ojos hacia el cielo azul. "Ya se está nublando" dice, "es mejor que nos vayamos antes de que empiece a llover". Se levantan con movimientos cansinos y se van pensando que hubo un tiempo en el que la lluvia nunca amenazaba las tardes de verano. Mientras se alejan comienzan a caer las primeras gotas, pero sólo ellos pueden sentir las.

Lo peor es eso, la lluvia. Siempre está lloviendo aunque el cielo esté limpio y el sol nos abra la voluntad.

A veces me pregunto si no será todo mentira. He imaginado tantas cosas que no logro discernir cuáles han sucedido realmente.

Puede que jamás haya estado contigo en París, sintiendo en mis venas el rumor nocturno del Sena. Quizás ni siquiera te haya conocido nunca. Podría comprobarlo fácilmente consultando la agenda donde tengo anotado tu teléfono pero no lo haré porque sería terrible no encontrarlo allí. Podría también mirar el calendario donde tengo señalada la fecha de nuestro primer encuentro como recordatorio de que he de comprarte una rosa roja: Han sido varias las que te he enviado pero este año ya no la recibirás. No sé por qué tenían que ser rosas, ni por qué rojas, y sólo una. Probablemente esto último, lo de que fuera una sola cada vez, lo habrás tomado por cicatería pero puedo asegurarte que no habría sido de otro modo aunque hubieran puesto a mi disposición todos los invernaderos del universo. No pueden medirse según los baremos del cerebro las ideas que nacen en el corazón.

El cartero toca un timbre. Al abrirse la puerta sale del interior de la casa un olor rancio de sueños ajados con reminiscencias de álbumes de fotos antiguas. Envuelta en ese aroma surge una mujer que parece vieja aunque seguramente no lo es. Tiene un aspecto sucio y desaliñado y su aliento respira Courvoisier. El funcionario le entrega una carta. "De Cuba" le dice con una sonrisa, e inmediatamente su imaginación se llena de playas solitarias y esbeltas palmeras; incluso por un segundo aspira el perfume de la brisa caribeña que trata vanamente de abrirse paso entre los vapores que emanan de la vivienda. El cartero aguarda un momento anhelando que la mujer abra el sobre y lea allí mismo su contenido. El nunca ha recibido correspondencia tan exótica y desearía compartir por un instante esa emoción desconocida. Pero es inútil; la mujer recoge la misiva sin una palabra, sin un gesto, y cierra la puerta con la misma expresión derrotada.

De todos modos es posible que pueda hacerse algo, no sé. Se hace difícil creer que las cosas hayan de ser siempre de la